

vo, á quien las ramas cortadas no privan de su verdor: ellos la llamaban la "Grande Iglesia, Iglesia católica:" no era posible darle otro nombre ni reconocer otro autor de ella que al mismo Jesucristo. Las heregías por el contrario, han llevado sobre su frente un carácter de novedad y de rebelion, que no han podido ocultar: nunca han podido despojarse del nombre de sus autores: los Arrianos, los Pelagianos, los Nestorianos, en vano se ofendian del nombre que se les daba, á su pesar el mundo queria hablar naturalmente, y designaba cada secta por el nombre de aquel de quien traia su origen. Este hecho palpable de su separacion de la grande Iglesia, la Iglesia antigua, la Iglesia apostólica siempre ha subsistido: esta tacha de su novedad que no podian borrar, deponia siempre contra ellos, y manifestaba á los ojos de todo el universo que su secta era obra de los hombres. Así es que estas ramas separadas del tronco del árbol han perdido siempre su fecundidad; por esto no podian crecer; como sarmientos separados al fin venian á secarse: las obras de los hombres han perecido á pesar del infierno que las sostenia; pero la obra de Dios ha quedado firme é inmutable. La Iglesia ha triunfado de las heregías, como antes habia triunfado de la idolatría, y triunfará siempre de todas las que se levanten en la Iglesia de Jesucristo: las verá caer á sus pies: sus victorias pasadas son para ella un garante seguro, de las que obtendrá en lo porvenir: las promesas que ha recibido son eternas, y seguirán cumpliéndose en toda la sucesion de los siglos.



HISTORIA COMPENDIADA

DE

LA IGLESIA.

PARTE SEGUNDA.

INCURSION DE LOS PUEBLOS BARBAROS.—ESCANDALOS.

(Siglo X.)

EN el siglo X la Iglesia tuvo mucho que sufrir de la ferocidad de los pueblos del Norte, que destruyeron sucesivamente todas las provincias del imperio de Occidente. Los Normandos, los Húngaros, y otros pueblos salvages recorrieron á mano armada la Alemania, la Inglaterra, la Francia, la Italia y la España, y causaron por todas partes males infinitos. Las ciudades fueron reducidas á cenizas: los monasterios saqueados y destruidos: los estudios abandonados: las ciencias y las artes casi olvidadas. La ignorancia produjo la relajacion de la disciplina y la corrupcion de las costumbres: los escándalos se multiplicaron, las leyes mas santas eran violadas públicamente: el mal se habia estendido hasta entre los primeros pastores, y no estaba esenta de él la misma Roma. Gemia la Iglesia por estos desórdenes, y esta prueba era para ella mil veces mas do-

lorosa que las persecuciones. Estos escándalos en lugar de debilitar nuestra fé, deben al contrario servir para afirmarla. En estas circunstancias es cuando se hace mas sensible, que es la mano de Dios la que sostiene á la Iglesia y no la del hombre. En medio de tantos desórdenes, la fé se mantuvo siempre pura. Dios no permitió que la moral cristiana y la creencia católica tuviese el menor demérito en la pública doctrina. Nunca se ha dejado de reclamar contra los vicios y los abusos; se renovaban en todos los concilios las leyes de la disciplina, y se hacian esfuerzos para restablecer su observancia. La Divina Providencia ha suscitado santos ilustres que se han opuesto con celo al torrente de la iniquidad. En fin, la Iglesia ha tenido fuerzas bastantes, no solo para curar las heridas que habia recibido de los bárbaros, sino aun tambien para convertir á estos nuevos perseguidores, y para someterlos al yugo del Evangelio. Las naciones feroces que habian derribado el imperio romano, lejos de destruir la Iglesia, ellas mismas han venido á ser su conquista. Es cierto que ha sido necesario algun tiempo para domar los restos de su primitiva barbarie, y para disipar la ignorancia que era consecuencia de aquella; pero en fin, Dios ha hecho triunfar á la Iglesia de la ignorancia y de la barbarie como ya habia triunfado de las persecuciones y de las heregias. Las ciencias y las artes encontraron un asilo entre el clero y en los monasterios. Las casas episcopales y religiosas se convirtieron en escuelas públicas, en donde se ha conservado el gusto del estudio y el amor á las ciencias. Mientras que los nobles dedicados á la profesion de las armas veian con menos-

precio el cultivo de las letras: los clérigos y los monges se ocupaban en copiar las obras antiguas que habian arrancado de las manos de los bárbaros: habrian perecido para siempre estos preciosos monumentos, si la Iglesia no hubiera tenido cuidado de transmitirlos á la posteridad: de su seno han salido estas débiles centellas de las letras, que extendidas han comenzado á arrojar nuevamente alguna claridad. A la religion se deben, no solo la tradicion constante y ordenada de las verdades que reglan nuestra creencia y nuestras costumbres; sino tambien el restablecimiento de las letras, y la vuelta á la Europa de las ciencias y de las bellas artes.

(AÑO 942 DE JESUCRISTO.)

RESTABLECIMIENTO DE LA DISCIPLINA EN INGLATERRA.

LA Iglesia, á quien el espíritu de Dios nunca abandona, encuentra en sí misma en los tiempos de relajacion, un principio de vida que la renueva y le restituye su primer vigor. San Odon fué colocado por la Providencia en la primera silla de Inglaterra para reparar la disciplina en este reino. Desde que él fué arzobispo de Cantorbery, dictó sábios reglamentos para la instruccion del clero, de los grandes y del pueblo. Sostenido por el rey Edmundo que favoreció los deseos del santo prelado, publicó leyes propias para restablecer el buen orden. Un obispo lleno de celo no puede dejar de hacer mucho bien cuando encuentra apoyo en un princi-

pe religioso. Así San Odon reformó innumerables abusos; y San Dustano su sucesor acabó la obra que él felizmente habia comenzado. Aquel santo prelado animado del mismo espíritu, viéndose obligado por su dignidad á velar sobre todas las Iglesias de Inglaterra, recorrió las diferentes ciudades de este reino, instruyendo á los fieles sobre las reglas de la vida cristiana, y llevándolos á la práctica de todas las virtudes, con ecshortaciones enérgicas y persuasivas. Hablaba con tanta uncion y fuerza, que parecia imposible resistirla: era infatigable, constantemente se ocupaba en quitar los escándalos, en terminar las disputas, y en apaciguar los ódios: no se separaba de sus trabajos casi continuos sino para recogerse á la oracion. El objeto principal de su celo era la reforma del clero: empeñábase para que castigasen severamente á los que deshonoraban este santo estado con su mala conducta, y así llegó á darle todo su esplendor, de suerte que las casas mas ilustres de Inglaterra miraban como un grande honor ver á sus hijos abrazar este estado. La firmeza de San Dustano igualaba á su actividad. Uno de los mas poderosos señores del pais se habia casado con una parienta suya, y no queria separarse de ella, aunque ya se le habia amonestado por tres ocasiones. El santo prelado le prohibió la entrada á la Iglesia. El conde dirigió su queja al rey y obtuvo de él una orden dirigida al arzobispo para que le levantase la censura. San Dustano sorprendido de que un rey tan piadoso se hubiese así dejado engañar, ecshortó al conde á la penitencia; pero viendo que aun así era peor su conducta, respondió con firmeza: cuando yo os vea verdadera-

mente penitente, obedeceré con gusto al rey; pero mientras permanezcais obstinado en vuestro pecado, ¡Dios no permita que ningun hombre mortal me obligue á violar su ley ni á hacer despreciables las censuras! El vigor de este santo ministro movió por último á que este pecador se arrepintiese sinceramente. El conde se sometió, y no solo renunció á este ilícito enlace, sino que se presentó descalzo en medio de un concilio compuesto de todos los obispos de toda la nacion que entonces se celebraba, revestido con un hábito grosero, y teniendo en la mano una disciplina en señal de sumision; se arrojó á los piés de su obispo, quien mezclando sus lágrimas con las del penitente, le levantó la excomunion. La firmeza apostólica de San Dustano se dejó ver aun con mas esplendor algun tiempo despues. El rey, aunque era tan religioso, tuvo la debilidad de cometer un grande crimen. El santo arzobispo fué inmediatamente á encontrarlo, y le representó con energia la enormidad de su pecado. Tocado el rey de sus amonestaciones, le preguntó con lágrimas lo que debia hacer para obtener el perdón. El santo arzobispo impuso una penitencia conveniente á este príncipe, la que cumplió escrupulosamente.

(AÑO 901 DE JESUCRISTO.)

RESTABLECIMIENTO DE LA DISCIPLINA EN ALEMANIA.

POR este tiempo algunos ilustres y piadosos obispos, poderosamente sostenidos por el emperador

Oton, trabajaron con la misma felicidad en reformar los abusos de Alemania; pero ninguno con tanta eficacia como San Bruno, arzobispo de Colonia, hermano del príncipe. Había recibido Bruno una educación conforme á su nacimiento: desde la edad de cuatro años fué enviado á Utrecht, donde el obispo Baudri había reunido los mas excelentes maestros, á quien él aventajaba en sabiduría. Hizo grandes progresos en las ciencias; pero fueron mas grandes y admirables los que entonces hizo en la virtud. Su piedad no se resfriaba por su dedicación al estudio: era muy aplicado á los oficios divinos; y el recogimiento con que los practicaba era de mucha edificación á todos los asistentes. Las mas pequeñas irreverencias en el servicio divino inflamaban su celo. Un día que vió al príncipe Henrique, su hermano, entretenerse en tiempo de la misa con Conrado, duque de Lorena, los amenazó con la cólera de Dios. Bastaba el que se amase la religión para obtener de él cualquier beneficio. El fomentaba con su protección todas las empresas que tenían por objeto la gloria de Dios. Habiendo vuelto á la corte halló en ella el celo mas fervoroso en la piedad: ella era entonces una escuela de reales y cristianas virtudes. Santa Matilde, madre del emperador, el mismo Oton, y Adelaida su esposa, daban con la regularidad de su conducta, las lecciones mas elocuentes de religión y piedad á los cortesanos que los rodeaban. Así es que cuando los escándalos se multiplicaban, Dios daba al mismo tiempo á su Iglesia, reyes santos que la consolasen en su aflicción. Bruno se dispuso al gobierno de la silla episcopal, por el de algunos monasterios don-

de se dió á conocer su sabiduría, y á los que redujo á una exacta disciplina. Habiendo sido despues elevado á la silla episcopal de Colonia, dió mas extensión á su celo, y se aplicó á hacer que la piedad floreciese en toda la Alemania. Fué su primer cuidado restablecer en toda su diócesis la union y la paz, y hacer celebrar los divinos oficios con la decencia debida. Habiendo partido el emperador su hermano para la Italia, le confió la administración de su reino durante su ausencia. Bruno desempeñó con fidelidad este encargo. El supo unir los deberes de un príncipe con las obligaciones de un obispo. No se servía de su autoridad mas que para formar los mas útiles establecimientos, para proteger á los infelices, socorrer á los pobres, intimidar á los malos, y alentar el fervor de las personas virtuosas. El edificó ó reparó innumerables Iglesias y monasterios: anunciaba la palabra de Dios y esplicaba la santa Escritura con mucha frecuencia; pero su principal atención era poner obispos sabios y virtuosos en las provincias donde se habían introducido la relajación y los abusos: persuadido de que el medio mas poderoso para corregir los vicios y reducir á sus deberes á los pueblos, son las instrucciones, y principalmente el ejemplo de los pastores.

(AÑO 910 DE JESUCRISTO.)

RESTABLECIMIENTO DE LA DISCIPLINA MONASTICA EN FRANCIA.

NADA contribuyó tanto en Francia al restablecimiento de la disciplina, como la fundación del cé-

lebre monasterio de Cluny, que fué como un plantel de hombres apostólicos. Esta congregacion debió su origen al celo del virtuoso Bernón, que fué su primer abad. Bernón, descendiente de una de las mas nobles familias de Borgoña, abrazó el estado monástico en la abadia de San Martin de Autun. Algun tiempo despues fué sacado de allí para gobernar el monasterio de Beaubino en Borgoña, en donde estableció la mas esacta regularidad. Habiendo pasado por esta casa edificante algunos oficiales de Guillermo, Duque de Aquitania, le hicieron de ella á su vuelta tantos elogios al duque, que concibió el designio de establecer por este modelo, un monasterio en sus dominios, y confiar su gobierno al santo abad. Invitó pues á Bernón para que viniese á encontrarlo en Cluny, tierra que pertenecia al duque en el Maconés. Bernón se dirigió allí con San Hugo, entonces monge de San German de Autun, su amigo particular. El duque los recibió con bondad, y habiéndoles declarado la resolucion en que estaba, de hacer edificar un monasterio en sus dominios; les dijo que escogiesen un lugar á propósito para este nuevo establecimiento. Los dos santos religiosos encantados de la situacion de Cluny, en donde estaban, respondieron que no encontrarían otro lugar mas propio que aquel. El duque les dijo al principio, que no convenia pensar en él, porque era el que habia destinado para mantener los perros de caza. "Ah señor, replicó Bernón con gracia, echad de él á los perros y recibid mas bien á los monges." El duque consintió, en fin, de buena voluntad, y quiso que el monasterio se dedicase á San Pedro y San Pablo. Dispuso que al instan-

te se estendiese la acta de la fundacion que hasta el dia de hoy se conserva, en donde espone los motivos que le han movido á hacerla. "Queriendo, dice, hacer un santo uso de los bienes que Dios me ha dado, he creido grangearme la amistad de los pobres de Jesucristo, y hacer perpétua esta buena obra, fundando de ellos una comunidad monástica: yo doy por amor de Dios y de Jesucristo nuestro Salvador, mi tierra de Cluny, para fabricar en ella en honor de San Pedro y San Pablo, un monasterio que sirva siempre de refugio á los que saliendo pobres del siglo vengán á buscar en el estado religioso los tesoros de la virtud." La intencion del piadoso fundador se vió cumplida: esta comunidad hizo bienes infinitos; y se distinguió por su regular disciplina, y por el extraordinario mérito de los abades que la gobernaron. Desde esta casa se difundió despues en toda la Francia el espíritu de la vocacion religiosa. El santo abad solo puso al principio doce monges en Cluny; pero tenian un fervor tan grande, que la reputacion de su virtud se estendió á tierras remotas. Emprendieron bien pronto fundar otros monasterios bajo la direccion del santo abad, y llegó á gobernar hasta siete á un mismo tiempo. Esta célebre casa ha dado grandes papas á la Iglesia, y ha producido santos obispos que han renovado el espíritu del cristianismo en las diferentes diócesis de la Francia.

SE CONTINUA LA REFORMA POR LOS SUCESOES DE S. BERNON.

SAN Odon que sucedió al santo fundador, acabó el establecimiento de la nueva congregacion, y le

dió la última forma. Odon habia nacido de una familia noble en el pais de Mena. Hizo sus estudios en París, en donde á pesar del tiempo tan peligroso, la sana doctrina se perpetuó por una no interrumpida sucesion de escelentes maestros. El deseo de consagrarse á Dios le hizo emprender la resolucion de ir á Roma con la esperanza de encontrar allí alguna fervorosa comunidad en donde pudiese adelantar en la virtud. Pasó por Borgoña y quedó sorprendido de la piedad que vió resplandecer en Cluny. Habiendo encontrado en Francia lo que iba á buscar en Italia, se detuvo en esta casa y suplicó se le admitiese en el número de los religiosos. No pasó mucho tiempo sin que se hubieran descubierto las grandes cualidades del nuevo profeso, y se le confió el cuidado de la juventud que se educaba en el monasterio. El modo con que desempeñó este importante empleo, y los talentos y virtudes que se admiraban en él, hicieron nacer el deseo de tenerle por abad. Odon resistió mucho tiempo, y solo se consiguió rendirlo por orden espresa de los obispos, que se vieron obligados á emplear la amenaza de excomunion para vencer su resistencia. Cedió en fin, y recibió la bendicion del abad. Bajo su gobierno, el monasterio de Cluny se distinguió por la esacta observancia de la regla, por el estudio de la religion, y por la caridad que se ejercía allí con todos los pobres. Esta edificante regularidad atrajo á Cluny un gran número de sujetos distinguidos por su nacimiento y por sus dignidades. No solo los legos de la primera calidad venian allí para hacer penitencia; sino aun los obispos mismos dejaban sus Iglesias para abrazar en

esta casa la vida monástica. Los condes y los duques se empeñaban en que los monasterios de sus terrenos se sujetasen al de Cluny, para que el santo abad los reformase; de manera que bien pronto Odon no se limitó á su comunidad. Trabajó con un celo infatigable en restablecer la disciplina en toda la Francia, y aun en la Italia, á donde fué llamado por los soberanos pontífices. Padeció por esto el santo abad, trabajos inmensos, pero los efectos le consolaron. Jamas se vió con mas claridad lo que el celo de un solo hombre puede alcanzar para la gloria de Dios, cuando está sostenido por la virtud y por una conducta prudente. Los sucesores del santo abad heredaron sus virtudes y su celo, Maieul, Odilón, Pedro el Venerable, Hugo, edificaron toda la Iglesia con el esplendor de su santidad, y dieron la última mano á la grande obra de la reforma. Por sus cuidados y por sus ejemplos se vió renacer el fervor religioso en todos los monasterios: el bien que ellos hicieron por sí mismos, inspiró á otros el deseo de imitarlos. San Gerardo restableció la disciplina regular en la Bélgica; y Adalberon, obispo de Metz, logró los mismos resultados en Lorena.

REFORMA DEL CLERO.

——

EL papa Leon IX se dedicó con mucho celo á reparar el detrimento que habia sufrido la disciplina eclesiástica. Combatió particularmente contra los dos vicios de la simonía é incontinencia que

aflijan entonces á la Iglesia. Con este motivo fué muchas veces á Francia y Alemania, sin que lo retrajesen ni los obstáculos ni los peligros. Celebró dos concilios é hizo sábios reglamentos para estirpar estos vicios. Todos aquellos que se encontraron culpables, fueron depuestos; y cuando no se sometían á esta sentencia, eran escomulgados. Los sucesores de este santo papa caminaron por la misma senda, y procuraron con igual firmeza reformar las costumbres del clero. Ayudó maravillosamente á su celo, un hombre de eminente santidad que la Providencia habia suscitado en este desgraciado tiempo para oponerse á los desórdenes. San Pedro Damiano, que fué el que hizo á la Iglesia este importante servicio, nació en Rabena, en Italia. Abandonado de sus padres, fué educado por una caritativa muger, que le sirvió de madre. Dios que le destinaba á grandes cosas, le proporcionó en lo sucesivo los medios de instruirse. Progresó igualmente en las ciencias y en la virtud; unia al estudio grandes mortificaciones: ayunaba, velaba, y oraba con frecuencia: renunció, en fin, enteramente al mundo, y abrazó la vida religiosa en el monasterio de Fontabel en Umbria, donde los solitarios vivían en celdas separadas, únicamente ocupados en la oración y en la lectura. Se alimentaban con pan y agua solo cuatro dias de la semana, y no comían mas que un poco de legumbres el martes y el jueves. Pedro fué para todos los solitarios una regla viva con su fervor en todos los ejercicios de penitencia, y un modelo perfecto de todas las virtudes. Los papas, viendo cuan útiles podían ser á la Iglesia los dones de piedad y ciencia que Dios habia

puesto en él; lo colocaron en las primeras dignidades eclesiásticas. Fué cardenal y obispo de Ostia. Entonces trabajó con un celo infatigable y con una santa libertad en combatir la relajacion y restituir á su vigor las santas leyes de la Iglesia. Habiéndole ocupado en diversas legaciones, no dejó por esto de reprimir los escándalos, corregir los abusos, y restablecer por todas partes una exacta disciplina. La reforma de las comunidades eclesiásticas que se hizo en un concilio tenido en Roma por Alejandro II en 1063, fué uno de los frutos de su celo. Desde el IV siglo se habian formado las comunidades de los clérigos que renunciaban toda propiedad, y vivían reunidos bajo la autoridad del obispo. En medio de las ciudades, practicaban en cuanto lo permitían sus funciones, el desprendimiento, el retiro y las austeridades de los solitarios. Esta institucion mereció los elogios de San Ambrosio, que habla de ella en estos términos. "Es una milicia toda celestial y angélica, ocupada dia y noche en cantar las alabanzas de Dios, sin dejar de atender á los pueblos confiados á su cuidado: tienen siempre el espíritu aplicado á la lectura y al trabajo: y ¿hay cosa mas admirable que esta vida, en la que la pena y la austeridad del ayuno está compensada con la paz de la alma, sostenida con el ejemplo, endulzada con el hábito, y agradable por sus santas ocupaciones? Esta vida ni se turba con los cuidados temporales, ni se distrae con los embarazos del siglo, ni se interrumpe con las visitas de las gentes ociosas, ni se relaja ni entibia con el comercio de personas escolares." San Agustin no hacia de ella menos estimacion, como se vé por los dos discursos que com-

puso sobre la escelencia de la vida comun, y que han servido de fundamento á la regla de los canónigos. Esta disciplina se debilitó poco á poco, y casi se habia estinguido por las incursiones de los bárbaros que arruñaron las Iglesias en el siglo X; pero volvió á recobrar su primitivo fervor en tiempo de San Pedro Damiano; y los que la siguieron se llamaron canónigos regulares.

(AÑO 912 DE JESUCRISTO.)

CONVERSION DE LOS NORMANDOS.

NADA es de tanto honor para la Iglesia, ni hay cosa que mas sensiblemente manifieste la proteccion Omnipotente de su divino autor, como la conversion de los pueblos bárbaros. Se fundó y adquirió su firmeza en la fé, en un siglo en que deshonrada por tantos desórdenes, parecia que se debilitaba; hizo, sin embargo, nuevas conquistas, y rindió á su observancia las naciones feroces que la habian desolado. Los normandos devastaban la Francia despues de setenta años, cuando Dios se dignó contener este torrente de males: ya habia llegado el tiempo señalado por la Providencia para la conversion de este pueblo; aunque no se manifestaban principios de donde entonces pudiese resultar este grande acontecimiento. Rollon, uno de sus mas valientes capitanes, parecia que entonces, mas que nunca, se encarnizaba en la guerra. El rey Cárlos *el Simple*, tomó el partido de tratar con él, y le ofreció la provincia de Nurcia, y á su hija por esposa, si convenia en instruirse en nuestra santa religion, y reci-

bir el bautismo. Aceptó la condicion, y se concluyó el tratado. El arzobispo de Ruten instruyó al príncipe en los misterios de la fé, y lo bautizó á principios del año de 912. Esta conversion fué muy sincera, aunque la política al parecer habia tenido parte en ella. La oferta que se le hizo á Rollon, solo fué una ocasion que la Providencia habia dispuesto para volver á la fé á este príncipe y á su pueblo. El nuevo duque inmediatamente despues de su bautismo, preguntó al arzobispo cuales eran las Iglesias mas reverenciadas de su provincia. El prelado le nombró las Iglesias de Nuestra Señora de Ruan de Bayeux, y de Evreux, las del monte de San Miguel, de San Pedro de Ruan, y de Jumiega. ¿En nuestro vecindario, añadió el duque, qué santo es mas poderoso intercesor para con Dios? Es, respondió el arzobispo, San Dionisio apóstol de la Francia: y bien, dijo el duque, antes de repartir mis tierras á los señores de mi ejército, quiero dar una parte de ellas á Dios, á la Santísima Virgen, y á los santos, que me habeis nombrado para merecer su proteccion. En efecto, durante los siete dias que siguieron á su bautismo, y en los que anduvo vestido de blanco, segun costumbre, dió cada dia una tierra á cada una de las Iglesias que le habian sido indicadas: distribuyó despues las restantes de su ducado entre sus vasallos. Habia tenido cuidado de que sus oficiales y demas súbditos se instruyesen en la fé, los que casi todos recibieron el bautismo. La gracia perfeccionó lo que habia habido de humano en el príncipe, como de un momento á otro variaron las costumbres de este pueblo. Solo la fé de Jesucristo era la que podia someter y civilizar una